

e
74

Colección Biblioteca Clásicos bilingües

Un caso de identidad/A Case of identity

www.ediciones74.wordpress.com

ediciones74@gmail.com

Síguenos en facebook y twitter.

Valencia, España

Diseño cubierta y maquetación: Rubén Fresneda

Imprime: CreateSpace Independent Publishing

ISBN: 978-1502435460

1ª edición en ediciones74, septiembre de 2014

Título original de la obra: A Case of Identity

Obra escrita en 1891 por Arthur Conan Doyle

Traducida al castellano en por Vicente García Aranda.

Vicente García Aranda (1825 Alicante-1902 Valencia)

Esta obra ha sido obtenida de www.wikisource.org

Arthur Conan Doyle

Un caso

de identidad

A Case of Identity

Las aventuras de Sherlock Holmes

biblioteca clásicos bilingües


e
74

Arthur Conan Doyle

Un caso de identidad

–Querido amigo —dijo Sherlock Holmes mientras nos sentamos a uno y otro lado de la chimenea en sus aposentos de Baker Street—. La vida es infinitamente más extraña que cualquier cosa que pueda inventar la mente humana. No nos atreveríamos a imaginar ciertas cosas que en realidad son de lo más corriente. Si pudiéramos salir volando por esa ventana, cogidos de la mano, sobrevolar esta gran ciudad, levantar con cuidado los tejados y espiar todas las cosas raras que pasan, las extrañas coincidencias, las intrigas, los engaños, los prodigiosos encadenamientos de circunstancias que se extienden de ge-neración en generación y acaban conduciendo a los resul-tados más extravagantes, nos parecería que las historias de ficción, con sus convencionalismos y sus conclusiones sabi-das de antemano, son algo trasnochado e insípido.

—Pues yo no estoy convencido de eso —repliqué—. Los casos que salen a la luz en los periódicos son, como regla general, bastante prosaicos y vulgares. En los informes de la policía podemos ver el realismo llevado a sus últimos límites y, sin embargo, debemos confesar que el resultado no tiene nada de fascinante ni de artístico.

—Para lograr un efecto realista es preciso ejercer una cierta selección y discreción —contestó Holmes—. Esto se echa de menos en los informes policiales, donde se tiende a poner más énfasis en las perogrulladas del magistrado que en los detalles, que para una persona observadora encierran toda la esencia vital del caso. Puede creerme, no existe nada tan antinatural como lo absolutamente vulgar.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Entiendo perfectamente que piense usted así —dije—. Por supuesto, dada su posición de asesor extraoficial, que presta ayuda a todo el que se encuentre absolutamente des-concertado, en toda la extensión de tres continentes, entra usted en contacto con todo lo extraño y fantástico. Pero veamos —recogí del suelo el periódico de la mañana—, va-mos a hacer un experimento práctico. El primer titular con el que me encuentro es: «Crueldad de un marido con su mu-jer». Hay media columna de texto, pero sin necesidad de leerlo ya sé que todo me va a resultar familiar. Tenemos, na-turalmente, a la otra mujer, la bebida, el insulto, la bofetada, las lesiones, la hermana o casera comprensiva. Ni el más ramplón de los escritores podría haber inventado algo tan ramplón.

—Pues resulta que ha escogido un ejemplo que no favorece nada a su argumentación —dijo Holmes, tomando el pe-riódico y echándole un vistazo—. Se trata del proceso de separación de los Dundas, y da la casualidad de que yo in-tervine en el esclarecimiento de algunos pequeños detalles relacionados con el caso. El marido era abstemio, no existía otra mujer, y el comportamiento del que se quejaba la esposa consistía en que el marido había adquirido la costumbre de rematar todas las comidas quitándose la dentadura postiza y arrojándosela a su esposa, lo cual, estará usted de acuerdo, no es la clase de acto que se le suele ocurrir a un novelista corriente. Tome una pizca de rapé, doctor, y reconozca que me he apuntado un tanto con este ejemplo suyo.

Me alargó una cajita de rapé de oro viejo, con una gran amatista en el centro de la tapa. Su esplendor contrastaba de tal modo con las costumbres hogareñas y la vida sencilla de Holmes que no pude evitar un comentario.

—¡Ah! —dijo—. Olvidaba que llevamos varias semanas sin vernos. Es un pequeño recuerdo del rey de Bohemia, como pago por mi ayuda en el caso de los documentos de Irene Adler.

—¿Y el anillo? —pregunté, mirando un precioso brillante que refulgía sobre su dedo.

—Es de la familia real de Holanda, pero el asunto en el que presté mis servicios era tan delicado que no puedo confiárselo ni siquiera a usted, benévolo cronista de uno o dos de mis pequeños misterios.

—¿Y ahora tiene entre manos algún caso? —pregunté inte-resado.

—Diez o doce, pero ninguno presenta aspectos de interés. Ya me entiende, son importantes, pero sin ser interesantes. Precisamente he descubierto que, por lo general, en los asuntos menos importantes hay mucho más campo para la observación y para el rápido análisis de causas y efectos, que es lo que da su encanto a las investigaciones. Los delitos más importantes suelen tender a ser sencillos, porque cuanto más grande es el crimen, más evidentes son, como regla general, los motivos. En estos casos, y exceptuando un asunto bastante enrevesado que me han mandado de Marsella, no hay nada que presente interés alguno. Sin embargo, es posible que me llegue algo mejor antes de que pasen muchos minutos por-que, o mucho me equivoco, o ésa es una cliente.

Se había levantado de su asiento y estaba de pie entre las cortinas separadas, observando la gris y monótona calle lon-dinense. Mirando por encima de su hombro, vi en la acera de enfrente a una mujer grandota, con una gruesa boa de piel alrededor del cuello, y una gran pluma roja ondulada en un sombrero de ala ancha que llevaba inclinado sobre la oreja, a la manera coquetona de la duquesa de Devonshire. Bajo esta especie de palio, la mujer miraba hacia nuestra ventana, con aire de nerviosismo y de duda, mientras su cuerpo oscilaba de delante a atrás y sus dedos jugueteaban con los botones de sus guantes. De pronto, con un arranque parecido al del nadador que se tira al agua, cruzó presurosa la calle y oímos el fuerte repicar de la campanilla.

—Conozco bien esos síntomas —dijo Holmes, tirando su cigarrillo a la chimenea—. La oscilación en la acera significa siempre un affaire du coeur. Necesita consejo, pero no está segura de que el asunto no sea demasiado delicado como para confiárselo a otro. No obstante, hasta en esto podemos hacer distinciones. Cuando una mujer ha sido gravemente perjudicada por un hombre, ya no oscila, y el síntoma habi-tual es un cordón de campanilla roto. En este caso, podemos dar por supuesto que se trata de un asunto de amor, pero la doncella no está verdaderamente indignada, sino más bien perpleja o dolida. Pero aquí llega en persona para sacarnos de dudas.

No había acabado de hablar cuando sonó un golpe en la puerta y entró un botones anunciando a la señorita Mary Sutherland, mientras la dama mencionada se cernía sobre su pequeña figura negra como un barco mercante, con todas sus velas desplegadas, detrás de una barquichuela. Sherlock Holmes la acogió con la espontánea cortesía que le caracteri-zaba y, después de cerrar la puerta e indicarle con un gesto que se sentara en una butaca, la examinó de aquella manera minuciosa y a la vez abstraída, tan peculiar en él.

—¿No le parece —dijo— que siendo corta de vista es un poco molesto escribir tanto a máquina?

—Al principio, sí —respondió ella—, pero ahora ya sé dón-de están las letras sin necesidad de mirar.

Entonces, dándose cuenta de pronto de todo el alcance de las palabras de Holmes, se estremeció violentamente y levantó la mirada, con el miedo y el asombro pintados en su rostro amplio y amigable.

—¡Usted ha oído hablar de mí, señor Holmes! —exclamó—. ¿Cómo, si no, podría usted saber eso?

—No le dé importancia —dijo Holmes, echándose a reír. Saber cosas es mi oficio. Es muy posible que me haya entre-nado para ver cosas que los demás pasan por alto. De no ser así, ¿por qué iba usted a venir a consultarme?

—He acudido a usted, señor, porque me habló de usted la señora Etherege, a cuyo marido localizó usted con tanta faci-lidad cuando la policía y todo el mundo le habían dado ya por muerto. ¡Oh, señor Holmes, ojalá pueda usted hacer lo mismo por mí! No soy rica, pero dispongo de una renta de cien libras al año, más lo poco que saco con la máquina, y lo daría todo por saber qué ha sido del señor Hosmer Angel.

—¿Por qué ha venido a consultarme con tantas prisas? —preguntó Sherlock Holmes, juntando las puntas de los dedos y con los ojos fijos en el techo.

De nuevo, una expresión de sobresalto cubrió el rostro algo inexpresivo de la señorita Mary Sutherland.

—Sí, salí de casa disparada —dijo— porque me puso furiosa ver con qué tranquilidad se lo tomaba todo el señor Windi-bank, es decir, mi padre. No quiso acudir a la policía, no quiso acudir a usted, y por fin, en vista de que no quería hacer nada y seguía diciendo que no había pasado nada, me enfurecí y me vine derecha a verle con lo que tenía puesto en aquel momento.

—¿Su padre? —dijo Holmes—. Sin duda, querrá usted decir su padrastro, puesto que el apellido es diferente.

—Sí, mi padrastro. Le llamo padre, aunque la verdad es que suena raro, porque sólo tiene cinco años y dos meses más que yo.

—¿Vive su madre?

—Oh, sí, mamá está perfectamente. Verá, señor Holmes, no me hizo demasiada gracia que se volviera a casar tan pronto, después de morir papá, y con un hombre casi quince años más joven que ella. Papá era fontanero en Tottenham

Court Road, y al morir dejó un negocio muy próspero, que mi madre siguió manejando con ayuda del señor Hardy, el capataz; pero cuando apareció el señor Windibank, la con-venció de que vendiera el negocio, pues el suyo era mucho mejor: tratante de vinos.

»Sacaron cuatro mil setecientas libras por el traspaso y los intereses, mucho menos de lo que habría conseguido sacar papá de haber estado vivo.

Yo había esperado que Sherlock Holmes diera muestras de impaciencia ante aquel relato intrascendente e incoherente, pero vi que, por el contrario, escuchaba con absoluta con-centración.

—Esos pequeños ingresos suyos —preguntó—, ¿proceden del negocio en cuestión?

—Oh, no señor, es algo aparte, un legado de mi tío Ned, el de Auckland. Son valores neozelandeses que rinden un cuatro y medio por ciento. El capital es de

dos mil quinientas libras, pero yo sólo puedo cobrar los intereses.

—Eso es sumamente interesante —dijo Holmes—. Dispo-niendo de una suma tan elevada como son cien libras al año, más el pico que usted gana, no me cabe duda de que viajará usted mucho y se concederá toda clase de caprichos. En mi opinión, una mujer soltera puede darse la gran vida con unos ingresos de sesenta libras.

—Yo podría vivir con muchísimo menos, señor Holmes, pero comprenderá usted que mientras siga en casa no quiero ser una carga para ellos, así que mientras vivamos juntos son ellos los que administran el dinero. Por supuesto, eso es sólo por el momento. El señor Windibank cobra mis intereses cada trimestre, le da el dinero a mi madre, y yo me las apaño bastante bien con lo que gano escribiendo a máquina. Saco dos peniques por folio, y hay muchos días en que escribo quince o veinte folios.

—Ha expuesto usted su situación con toda claridad —dijo Holmes—. Le presento a mi amigo el doctor Watson, ante el cual puede usted hablar con tanta libertad como ante mí mismo. Ahora, le ruego que nos explique todo lo referente a su relación con el señor Hosmer Angel.

El rubor se apoderó del rostro de la señorita Sutherland, que empezó a pellizcar nerviosamente el borde de su chaqueta.

—Le conocí en el baile de los instaladores del gas —dijo—. Cuando vivía papá, siempre le enviaban invitaciones, y des-pués se siguieron acordando de nosotros y se las mandaron a mamá. El señor Windibank no quería que fuéramos. Nunca ha querido que vayamos a ninguna parte. Se ponía como loco con que yo quisiera ir a una fiesta de la escuela domi-nical. Pero esta vez yo estaba decidida a ir, y nada me lo iba a impedir. ¿Qué derecho tenía él a impedírmelo? Dijo que

aquella gente no era adecuada para nosotras, cuando iban a estar presentes todos los amigos de mi padre. Y dijo que yo no tenía un vestido adecuado, cuando tenía uno violeta precioso, que prácticamente no había sacado del armario. Al final, viendo que todo era en vano, se marchó a Francia por asuntos de su negocio, pero mamá y yo fuimos al baile con el señor Hardy, nuestro antiguo capataz, y allí fue donde cono-cí al señor Hosmer Angel.

—Supongo —dijo Holmes— que cuando el señor Windi-bank regresó de Francia, se tomaría muy a mal que ustedes dos hubieran ido al baile.

—Bueno, pues se lo tomó bastante bien. Recuerdo que se echó a reír, se encogió de hombros y dijo que era inútil ne-garle algo a una mujer, porque ésta siempre se sale con la suya.

—Ya veo. Y en el baile de los instaladores del gas conoció usted a un caballero llamado Hosmer Angel, según tengo entendido.

—Así es. Le conocí aquella noche y al día siguiente nos visitó para preguntar si habíamos regresado a casa sin contra-tiempos, y después le vimos... es decir, señor Holmes, le vi yo dos veces, que salimos de paseo, pero luego volvió mi pa-dre y el señor Hosmer Angel ya no vino más por casa.

—¿No?

—Bueno, ya sabe, a mi padre no le gustan nada esas cosas. Si de él dependiera, no recibiría ninguna visita, y siempre dice que una mujer debe sentirse feliz en su propio círculo familiar. Pero por otra parte, como le decía yo a mi madre, para eso se necesita tener un círculo propio, y yo todavía no tenía el mío.

—¿Y qué fue del señor Hosmer Angel? ¿No hizo ningún in-tento de verla?

—Bueno, mi padre tenía que volver a Francia una semana después y Hosmer escribió diciendo que sería mejor y más seguro que no nos viéramos hasta que se hubiera marchado. Mientras tanto, podíamos escribirnos, y de hecho me escribía todos los días. Yo recogía las cartas por la mañana, y así mi padre no se enteraba.

—¿Para entonces ya se había comprometido usted con ese caballero?

—Oh, sí, señor Holmes. Nos prometimos después del pri-mer paseo que dimos juntos. Hosmer.. el señor Angel... era cajero en una oficina de Leadenhall Street... y...

—¿Qué oficina?

—Eso es lo peor, señor Holmes, que no lo sé.

—¿Y dónde vivía?

—Dormía en el mismo local de las oficinas.

—¿Y no conoce la dirección?

—No... sólo que estaban en Leadenhall Street.

—Entonces, ¿adónde le dirigía las cartas?

—A la oficina de correos de Leadenhall Street, donde él las recogía. Decía que si las mandaba a la oficina, todos los de-más empleados le gastarían bromas por cartearse con una dama, así que me ofrecí a escribirlas a máquina, como hacía él con las suyas, pero se negó, diciendo que si yo las escribía se notaba que venían de mí, pero si estaban escritas a máquina siempre sentía que la máquina se interponía entre nosotros. Esto le demostrará lo mucho que me quería, señor Holmes, y cómo se fijaba en los pequeños detalles.

—Resulta de lo más sugerente —dijo Holmes—. Siempre he sostenido el axioma de que los pequeños detalles son, con mucho, lo más importante. ¿Podría recordar algún otro pequeño detalle acerca del señor Hosmer Angel?

—Era un hombre muy tímido, señor Holmes. Prefería salir a pasear conmigo de noche y no a la luz del día, porque de-cía que no le gustaba llamar la atención. Era muy retraído y caballeroso. Hasta su voz era suave. De joven, según me dijo, había sufrido anginas e inflamación de las amígdalas, y eso le había dejado la garganta débil y una forma de hablar vacilante y como susurrante. Siempre iba bien vestido, muy pulcro y discreto, pero padecía de la vista, lo mismo que yo, y usaba gafas oscuras para protegerse de la luz fuerte.

—Bien, ¿y qué sucedió cuando su padrastro, el señor Win-dibank, volvió a marcharse a Francia?

—El señor Hosmer Angel vino otra vez a casa y propuso que nos casáramos antes de que regresara mi padre. Se mos-tró muy ansioso y me hizo jurar, con las manos sobre los Evangelios, que, ocurriera lo que ocurriera, siempre le sería fiel. Mi madre dijo que tenía derecho a pedirme aquel jura-mento, y que aquello era una muestra de su pasión. Desde un principio, mi madre estuvo de su parte e incluso parecía apreciarle más que yo misma. Cuando se pusieron a hablar de casarnos aquella misma semana, yo pregunté qué opinaría mi padre, pero ellos me dijeron que no me preocupara por mi padre, que ya se lo diríamos luego, y mamá dijo que ella lo arreglaría todo. Aquello no me gustó mucho, señor Hol-mes. Resultaba algo raro tener que pedir su autorización, no siendo más que unos pocos años mayor que yo, pero no quería hacer nada a escondidas, así que escribí a mi padre a Burdeos, donde su empresa tenía sus oficinas en Francia, pero la carta me fue devuelta la mañana misma de la boda.

—¿Así que él no la recibió?

—Así es, porque había partido para Inglaterra justo antes de que llegara la carta.

—¡Ajá! ¡Una verdadera lástima! De manera que su boda que-dó fijada para el viernes. ¿Iba a ser en la iglesia?

—Sí, señor, pero en privado. Nos casaríamos en San Salvador, cerca de King’s Cross, y luego desayunaríamos en el hotel St. Pancras. Hosmer vino a buscarnos en un coche, pero como sólo había sitio para dos, nos metió a nosotras y él cogió otro cerrado, que parecía ser el único coche de alquiler en toda la calle. Llegamos las primeras a la iglesia, y cuando se detuvo su coche esperamos verle bajar, pero no bajó. Y cuando el cochero se bajó del pescante y miró al interior, allí no había nadie. El cochero dijo que no tenía la menor idea de lo que había sido de él, habiéndolo visto con sus propios ojos subir al coche. Esto sucedió el viernes pasado, señor Holmes, y desde entonces no he visto ni oído nada que arroje alguna luz sobre su paradero.

—Me parece que la han tratado a usted de un modo vergon-zoso —dijo Holmes.

—¡Oh, no señor! Era demasiado bueno y considerado como para abandonarme así. Durante toda la mañana no paró de insistir en que, pasara lo que pasara, yo tenía que serle fiel, y que si algún imprevisto nos separaba, yo tenía que recordar siempre que estaba comprometida con él, y que tarde o tem-prano él vendría a reclamar sus derechos. Parece raro hablar de estas cosas en la mañana de tu boda, pero lo que después ocurrió hace que cobre sentido.

—Desde luego que sí. Según eso, usted opina que le ha ocurrido alguna catástrofe imprevista.

—Sí, señor. Creo que él temía algún peligro, pues de lo contrario no habría hablado así. Y creo que lo que él temía sucedió.

—Pero no tiene idea de lo que puede haber sido.

—Ni la menor idea.

—Una pregunta más: ¿Cómo se lo tomó su madre?

—Se puso furiosa y dijo que yo no debía volver a hablar ja-más del asunto.

—¿Y su padre? ¿Se lo contó usted?

—Sí, y parecía pensar, lo mismo que yo, que algo había ocurrido y que volvería a tener noticias de Hosmer. Según él, ¿para qué iba nadie a llevarme hasta la puerta de la iglesia y luego abandonarme? Si me hubiera pedido dinero prestado o si se hubiera casado conmigo y hubiera puesto mi dinero a su nombre, podría existir un motivo; pero Hosmer era muy independiente en cuestiones de dinero y jamás tocaría un solo chelín mío. Pero entonces, ¿qué había ocurrido? ¿Y por qué no escribía? ¡Oh, me vuelve loca pensar en ello! No pego ojo por las noches.

Sacó de su manguito un pañuelo y empezó a sollozar ruidosa-mente en él.

—Examinaré el caso por usted —dijo Holmes, levantán-dose—, y estoy seguro de que llegaremos a algún resultado concreto. Deje en mis manos el asunto y no se siga devanando la mente con él. Y por encima de todo, procure que el señor Hosmer Angel se desvanezca de su memoria, como se ha desvanecido de su vida.

—Entonces, ¿cree usted que no lo volveré a ver?

—Me temo que no.

—Pero ¿qué le ha ocurrido, entonces?

—Deje el asunto en mis manos. Me gustaría disponer de una buena descripción de él, así como de cuantas cartas su-yas pueda usted proporcionarme.

—Puse un anuncio pidiendo noticias suyas en el Chronicle del sábado pasado —dijo ella—. Aquí está el recorte, y aquí tiene cuatro cartas suyas.

—Gracias. ¿Y la dirección de usted?

—Lyon Place 31, Camberwell.

—Por lo que he oído, la dirección del señor Angel no la supo nunca. ¿Dónde está la empresa de su padre?

—Es viajante de Westhouse & Marbank, los grandes impor-tadores de clarete de Fenchurch Street.

—Gracias. Ha expuesto usted el caso con mucha claridad. Deje aquí los papeles, y acuérdese del consejo que le he dado. Considere todo el incidente como un libro cerrado y no deje que afecte a su vida.

—Es usted muy amable, señor Holmes, pero no puedo hacer eso. Seré fiel a Hosmer. Me encontrará esperándole cuando vuelva.

A pesar de su ridículo sombrero y de su rostro inexpresivo, había un algo de nobleza que imponía respeto en la sencilla fe de nuestra visitante. Dejó sobre la mesa su montoncito de papeles y se marchó prometiendo acudir en cuanto la llamá-ramos.

Sherlock Holmes permaneció sentado y en silencio durante unos cuantos minutos, con las puntas de los dedos juntas, las piernas estiradas hacia adelante y la mirada fija en el te-cho. Luego tomó del estante la vieja y grasienta pipa que le servía de consejera y, después de encenderla, se recostó en su butaca, emitiendo densas espirales de humo azulado, con una expresión de infinita languidez en el rostro.

—Interesante personaje, esa muchacha —comentó—. Me ha parecido más interesante ella que su pequeño problema que, dicho sea de paso, es de lo más vulgar. Si consulta usted mi índice, encontrará casos similares en Andover, año 77, y otro bastante parecido en La Haya el año pasado.

—Parece que ha visto en ella muchas cosas que para mí eran invisibles —le hice notar.

—Invisibles no, Watson, inadvertidas. No sabía usted dónde mirar y se le pasó por alto todo lo importante. No consigo convencerle de la importancia de las mangas, de lo sugerentes que son las uñas de los pulgares, de los graves asuntos que penden de un cordón de zapato. Veamos, ¿qué dedujo usted del aspecto de esa mujer? Descríbala.

—Pues bien, llevaba un sombrero de paja de ala ancha y de color pizarra, con una pluma rojo ladrillo. Chaqueta ne-gra, con abalorios negros y una orla de cuentas de azaba-che. Vestido marrón, bastante más oscuro que el café, con terciopelo morado en el cuello y los puños. Guantes tiran-do a grises, con el dedo índice de la mano derecha muy desgas-tado. En los zapatos no me fijé. Llevaba pendientes de oro, pequeños y redondos, y en general tenía aspecto de persona bastante bien acomodada, con un estilo de vida vulgar, có-modo y sin preocupaciones.

Sherlock Holmes aplaudió suavemente y emitió una risita.

—¡Por mi vida, Watson, está usted haciendo maravillosos progresos! Lo ha hecho muy bien, de verdad. Claro que se le ha escapado todo lo importante, pero ha dado usted con el método y tiene buena vista para los colores. No se fie nunca de las impresiones generales, muchacho, concéntrese en los detalles. Lo primero que miro en una mujer son siempre las mangas. En un hombre, probablemente, es mejor fijarse an-tes en las rodilleras de los pantalones. Como bien ha dicho usted, esta mujer tenía terciopelo en las mangas, un material sumamente útil para descubrir rastros. La doble línea justo por encima de las muñecas, donde la mecanógrafa se apoya en la mesa, estaba perfectamente definida. Una máquina de coser del tipo manual deja una marca semejante, pero sólo en la manga izquierda y en el lado más alejado del pulgar, en vez de cruzar la manga de parte a parte, como en este caso. Luego le miré la cara y, advirtiendo las marcas de unas gafas a ambos lados de su nariz, aventuré aquel comentario acerca de escribir a máquina siendo corta de vista, que tanto pareció sorprenderla.

—También me sorprendió a mí.

—Pues resultaba bien evidente. A continuación, miré hacia abajo y quedé muy sorprendido e interesado al observar que, aunque sus zapatos se parecían mucho, en realidad estaban desparejados: uno tenía un pequeño adorno en la punta y el otro era de punta lisa. Y de los cinco botones de cada za-pato, uno tenía abrochados sólo los dos de abajo, y el otro el primero, el tercero y el quinto. Ahora bien, cuando ve usted que una joven, por lo demás impecablemente vestida, ha salido de su casa con los zapatos desparejados y a medio abotonar, no tiene nada de extraordinario deducir que salió a toda prisa.

—¿Y qué más? —pregunté vivamente interesado, como siem-pre, por los incisivos razonamientos de mi amigo.

—Advertí, de pasada, que antes de salir de casa, pero después de haberse vestido del todo, había escrito una nota. Usted ha observado que el guante derecho tenía roto el dedo índice, pero no se fijó en que tanto el guante como el dedo estaban manchados de tinta violeta. Había escrito con prisas y metió demasiado la pluma en el tintero. Ha tenido que ser esta mañana, pues de no ser así la mancha no estaría tan clara en el dedo. Todo esto resulta entretenido, aunque bastante elemental, pero hay que ponerse a la faena, Watson. ¿Le im-portaría leerme la descripción del señor Hosmer Angel que se da en el anuncio?

Levanté a la luz el pequeño recorte impreso. «Desaparecido, en la mañana del día 14, un caballero llamado Hosmer An-gel. Estatura, unos cinco pies y siete pulgadas; complexión fuerte, piel atezada, cabello negro con una pequeña calva en el centro, patillas largas y bigote negro; gafas oscuras, ligero defecto en el habla. La última vez que se le vio vestía levita negra con solapas de seda, chaleco negro con una cadena de oro y pantalones grises de paño, con polainas marrones sobre botines de elástico. Se sabe que ha trabajado en una oficina de Leadenhall Street. Quien pueda aportar noticias, etc., etc.»

—Con eso basta —dijo Holmes—. En cuanto a las cartas... —continuó, echándolas un vistazo— son de lo más vulgar. No hay en ellas ninguna pista del señor Angel, salvo que cita una vez a Balzac. Sin embargo, presentan un aspecto muy notable, que sin duda le llamará la atención.

—Que están escritas a máquina —dije yo.

—No sólo eso, hasta la firma está a máquina. Fíjese en el pequeño y pulcro «Hosmer Angel» escrito al pie. Y, como verá, hay fecha pero no dirección completa, sólo «Leadenhall Street», que es algo muy inconcreto. Lo de la firma resulta muy sugerente... casi podría decirse que concluyente.

—¿De qué?

—Querido amigo, ¿es posible que no vea la importancia que esto tiene en el caso?

—Mentiría si dijera que la veo, a no ser que lo hiciera para poder negar que la firma era suya, en caso de que se le deman-dara por ruptura de compromiso.

—No, no se trata de eso. Sin embargo, voy a escribir dos car-tas que dejarán zanjado el asunto. Una, para una firma de la City; y la otra, al padrastro de la joven, el señor Windibank, pidiéndole que venga a visitarnos mañana a las seis de la tarde. Ya es hora de que tratemos con los varones de la familia. Y ahora, doctor, no hay nada que hacer hasta que lleguen las respuestas a las cartas, así que podemos desentendernos del problemilla por el momento.

Tenía tantas razones para confiar en las penetrantes dotes deductivas y en la extraordinaria energía de mi amigo, que supuse que debía existir una base sólida para la tranquila y segura desenvoltura con que trataba el singular misterio que se le había llamado a sondear. Sólo una vez le había visto fra-casar, en el caso del rey de Bohemia y la fotografía de Irene Adler, pero si me ponía a pensar en el misterioso enredo de El signo de los Cuatro o en las extraordinarias circuns-tancias que concurrían en el Estudio en escarlata, me sentía convencido de que no había misterio tan complicado que él no pudiera resolver.

Lo dejé, pues, todavía chupando su pipa de arcilla negra, con el convencimiento de que, cuando volviera por allí al día siguiente, encontraría ya en sus manos todas las pistas que conducirían a la identificación del desaparecido novio de la señorita Mary Sutherland.

Un caso profesional de extrema gravedad ocupaba por en-tonces mi atención, y pasé todo el día siguiente a la cabecera del enfermo. Eran ya casi las seis cuando quedé libre y pude saltar a un coche que me llevara a Baker Street, con cierto miedo de llegar demasiado tarde para asistir al desenlace del pequeño misterio. Sin embargo, encontré a Sherlock Hol-mes solo, medio dormido, con su larga y delgada figura en-roscada en los recovecos de su sillón. Un formidable des-pliegue de frascos y tubos de ensayo, más el olor picante e inconfundible del ácido clorhídrico, me indicaban que ha-bía pasado el día entregado a los experimentos químicos que tanto le gustaban.

—Qué, ¿lo resolvió usted? —pregunté al entrar.

—Sí, era el bisulfato de bario.

—¡No, no! ¡El misterio! —exclamé.

—¡Ah, eso! Creía que se refería a la sal con la que he estado trabajando. No hay misterio alguno en este asunto, como ya le dije ayer, aunque tiene algunos detalles interesantes. El único inconveniente es que me temo que no existe ninguna ley que pueda castigar a este granuja.

—Pues, ¿de quién se trata? ¿Y qué se proponía al abandonar a la señorita Sutherland?

Apenas había salido la pregunta de mi boca y Holmes aún no había abierto los labios para responder, cuando oímos fuertes pisadas en el pasillo y unos golpes

en la puerta.

—Aquí está el padrastro de la chica, el señor James Windi-bank —dijo Holmes—. Me escribió diciéndome que vendría a las seis. ¡Adelante!

El hombre que entró era corpulento, de estatura media, de unos treinta años de edad, bien afeitado y de piel cetrina, con modales melosos e insinuantes y un par de ojos grises extra-ordinariamente agudos y penetrantes. Dirigió una mirada inquisitiva a cada uno de nosotros, depositó su reluciente chistera sobre un aparador y, con una ligera inclinación, se sentó en la silla más próxima.

—Buenas tardes, señor James Windibank —dijo Holmes—. Creo que es usted quien me ha enviado esta carta mecano-grafiada, citándose conmigo a las seis.

—Sí, señor. Me temo que llego un poco tarde, pero no soy dueño de mi tiempo, como usted comprenderá. Lamento mucho que la señorita Sutherland le haya molestado con este asunto, porque creo que es mucho mejor no lavar en público los trapos sucios. Vino en contra de mis deseos, pero es que se trata de una muchacha muy excitable e impulsiva, como ya habrá notado, y no es fácil controlarla cuando se le ha metido algo en la cabeza. Naturalmente, no me importa tanto tratándose de usted, que no tiene nada que ver con la policía oficial, pero no es agradable que se comente fuera de casa una desgracia familiar como ésta. Además, se trata de un gasto inútil, porque, ¿cómo iba usted a poder encontrar a ese Hosmer Angel?

—Por el contrario —dijo Holmes tranquilamente—, tengo toda clase de razones para creer que lograré encontrar al señor Hosmer Angel.

El señor Windibank tuvo un violento sobresalto y se le caye-ron los guantes.

—Me alegra mucho oír eso —dijo.

—Es muy curioso —comentó Holmes— que una máquina de escribir tenga tanta individualidad como lo que se escribe a mano. A menos que sean completamente nuevas, no hay dos máquinas que escriban igual. Algunas letras se gastan más que otras, y algunas se gastan sólo por un lado. Por ejemplo, señor Windibank, como puede ver en esta nota suya, la «e» siempre queda borrosa y hay un pequeño defecto en el rabillo de la «r». Existen otras catorce características, pero éstas son las más evidentes.

—Con esta máquina escribimos toda la correspondencia en la oficina, y es lógico que esté un poco gastada —dijo nues-tro visitante, mirando fijamente a Holmes con sus ojillos brillantes.

—Y ahora le voy a enseñar algo que constituye un estudio verdaderamente interesante, señor Windibank —continuó Holmes—. Uno de estos días pienso escribir otra pequeña monografía acerca de la máquina de escribir y su relación con el crimen. Es un tema al que he dedicado cierta atención. Aquí tengo cuatro cartas presuntamente remitidas por el desaparecido. Todas están escritas a máquina. En todos los casos, no sólo las «es» están borrosas y las «erres» no tienen rabillo, sino que podrá usted observar, si mira con mi lupa, que también aparecen las otras catorce características de las que le hablaba antes.

El señor Windibank saltó de su silla y recogió su sombrero.

—No puedo perder el tiempo hablando de fantasías, señor Holmes —dijo—. Si

puede coger al hombre, cójalo, y hága-melo saber cuándo lo tenga.

—Desde luego —dijo Holmes, poniéndose en pie y cerrando la puerta con llave—. En tal caso, le hago saber que ya lo he cogido.

—¿Cómo? ¿Dónde? —exclamó el señor Windibank, palide-ciendo hasta los labios y mirando a su alrededor como una rata cogida en una trampa.

—Vamos, eso no le servirá de nada, de verdad que no —dijo Holmes con suavidad—. No podrá librarse de ésta, señor Windibank. Es todo demasiado transparente y no me hizo usted ningún cumplido al decir que me resultaría imposible resolver un asunto tan sencillo. Eso es, siéntese y hablemos.

Nuestro visitante se desplomó en una silla, con el rostro lívido y un brillo de sudor en la frente.

—No... no constituye delito —balbuceó.

—Mucho me temo que no. Pero, entre nosotros, Windibank, ha sido una jugarreta cruel, egoísta y despiadada, llevada a cabo del modo más ruin que jamás he visto. Ahora, permítame exponer el curso de los acontecimientos y contradígame si me equivoco.

El hombre se encogió en su asiento, con la cabeza hundida sobre el pecho, como quien se siente completamente aplas-tado. Holmes levantó los pies, apoyándolos en una esquina de la repisa de la chimenea, se echó hacia atrás con las manos en

los bolsillos y comenzó a hablar, con aire de hacerlo más para sí mismo que para nosotros.

—Un hombre se casó con una mujer mucho mayor que él, por su dinero —dijo—, y también se beneficiaba del dinero de la hija mientras ésta viviera con ellos. Se trataba de una suma considerable para gente de su posición y perderla habría representado una fuerte diferencia. Valía la pena hacer un esfuerzo por conservarla. La hija tenía un carácter alegre y comunicativo, y además era cariñosa y sensible, de manera que resultaba evidente que, con sus buenas dotes personales y su pequeña renta, no duraría mucho tiempo soltera. Ahora bien, su matrimonio significaba, sin lugar a dudas, perder cien libras al año. ¿Qué hace entonces el padrastro para impedirlo? Adopta la postura más obvia: retenerla en casa y prohibirle que frecuente la compañía de gente de su edad. Pero pronto se da cuenta de que eso no le servirá durante mucho tiempo. Ella se rebela, reclama sus derechos y por fin anuncia su firme intención de asistir a cierto baile. ¿Qué hace entonces el astuto padrastro? Se le ocurre una idea que honra más a su cerebro que a su corazón. Con la complicidad y ayuda de su esposa, se disfraza, ocultando con gafas oscuras esos ojos penetrantes, enmascarando su rostro con un bigote y un par de pobladas patillas, disimulando el timbre claro de su voz con un susurro insinuante... Y, doblemente seguro a causa de la miopía de la chica, se presenta como el señor Hosmer Angel y ahuyenta a los posibles enamorados cortejándola él mismo.

—Al principio era sólo una broma —gimió nuestro visi-tante—. Nunca creímos que se lo tomara tan en serio.

—Probablemente, no. Fuese como fuese, lo cierto es que la muchacha se lo tomó muy en serio; y, puesto que estaba convencida de que su padrastro se encontraba en Francia, ni por un instante se le pasó por la cabeza la sospecha de una traición. Se sentía halagada por las atenciones del caballero, y la impresión se veía aumentada por la admiración que la madre manifestaba a viva voz. Entonces el señor Angel empezó a visitarla, pues era evidente que, si se querían obte-ner resultados, había que llevar el asunto tan lejos como fuera posible.

Hubo encuentros y un compromiso que evi-taría definitivamente que la muchacha dirigiera su afecto hacia ningún otro. Pero el engaño no se podía mantener indefinidamente. Los supuestos viajes a Francia resultaban bastante embarazosos. Evidentemente, lo que había que ha-cer era llevar el asunto a una conclusión tan dramática que dejara una impresión permanente en la mente de la joven, impidiéndole mirar a ningún otro pretendiente durante bastante tiempo. De ahí esos juramentos de fidelidad pro-nunciados sobre el Evangelio, y de ahí las alusiones a la po-sibilidad de que ocurriera algo la misma mañana de la boda. James Windibank quería que la señorita Sutherland quedara tan atada a Hosmer Angel y tan insegura de lo sucedido, que durante diez años, por lo menos, no prestara atención a ningún otro hombre. La llevó hasta las puertas mismas de la iglesia y luego, como ya no podía seguir más adelante, desa-pareció oportunamente, mediante el viejo truco de entrar en un coche por una puerta y salir por la otra. Creo que éste fue el encadenamiento de los hechos, señor Windibank.

Mientras Holmes hablaba, nuestro visitante había recuperado parte de su aplomo, y al llegar a este punto se levantó de la silla con una fría expresión de burla en su pálido rostro.

—Puede que sí y puede que no, señor Holmes —dijo—. Pero si es usted tan listo, debería saber que ahora mismo es usted y no yo quien está infringiendo la ley. Desde el principio, yo no he hecho nada punible, pero mientras mantenga usted esa puerta cerrada se expone a una demanda por agresión y retención ilegal.

—Como bien ha dicho, la ley no puede tocarle —dijo Hol-mes, girando la llave y abriendo la puerta de par en par—. Sin embargo, nadie ha merecido jamás un castigo tanto como lo merece usted. Si la joven tuviera un hermano o un amigo, le cruzaría la espalda a latigazos. ¡Por Júpiter! —ex-clamó acalorándose al ver el gesto de burla en la cara del otro—. Esto no forma parte de mis obligaciones para con mi cliente, pero tengo a mano un látigo de caza y creo que me voy a dar el gustazo de...

Dio dos rápidas zancadas hacia el látigo, pero antes de que pudiera cogerlo se oyó un estrépito de pasos en la escalera, la puerta de la entrada se cerró de golpe y pudimos ver por la ventana al señor Windibank corriendo calle abajo a toda la velocidad de que era capaz.

—¡Ahí va un canalla con verdadera sangre fría! —dijo Hol-mes, echándose a reír mientras se dejaba caer de nuevo en su sillón—. Ese tipo irá subiendo de delito en delito hasta que haga algo muy grave y termine en el patíbulo. En ciertos as-pectos, el caso no carecía por completo de interés.

—Todavía no veo muy claros todos los pasos de su razona-miento —dije yo.

—Pues, desde luego, en un principio era evidente que este señor Hosmer Angel tenía que tener alguna buena razón para su curioso comportamiento, y estaba igualmente claro que el único hombre que salía beneficiado del incidente, hasta donde nosotros sabíamos, era el padrastro. Luego esta-ba el hecho, muy sugerente, de que nunca se hubiera visto juntos a los dos hombres, sino que el uno aparecía siempre cuando el otro estaba fuera. Igualmente sospechosas eran las gafas oscuras y la voz susurrante, factores ambos que sugerían un disfraz, lo mismo que las pobladas patillas. Mis sospechas se vieron confirmadas por ese detalle tan curioso de firmar a máquina, que por supuesto indicaba que la letra era tan familiar para la joven que ésta reconocería cualquier minús-cula muestra de la misma. Como ve, todos estos hechos aislados, junto con otros muchos de menor importancia, señalaban en la misma dirección.

—¿Y cómo se las arregló para comprobarlo?

—Habiendo identificado a mi hombre, resultaba fácil con-seguir la

corroboración. Sabía en qué empresa trabajaba este hombre. Cogí la descripción publicada, eliminé todo lo que se pudiera achacar a un disfraz —las patillas, las gafas, la voz y se la envié a la empresa en cuestión, solicitando que me informaran de si alguno de sus viajantes respondía a la descripción. Me había fijado ya en las peculiaridades de la máquina, y escribí al propio sospechoso a su oficina, rogán-dole que acudiera aquí. Tal como había esperado, su respuesta me llegó escrita a máquina, y mostraba los mismos defectos triviales pero característicos. En el mismo correo me llegó una carta de Westhouse & Marbank, de Fenchurch Street, comunicándome que la descripción coincidía en todos sus aspectos con la de su empleado James Windibank. Voílá tout!

—¿Y la señorita Shutherland?

—Si se lo cuento, no me creerá. Recuerde el antiguo prover-bio persa: «Tan peligroso es quitarle su cachorro a un tigre como arrebatarle a una mujer una ilusión.» Hay tanta sabi-duría y tanto conocimiento del mundo en Hafiz como en Horacio.

A Case of Identity

“My dear fellow,” said Sherlock Holmes as we sat on either side of the fire in his lodgings at Baker Street, “life is infinitely stranger than anything which the mind of man could invent. We would not dare to conceive the things which are really mere commonplaces of existence. If we could fly out of that window hand in hand, hover over this great city, gently remove the roofs, and peep in at the queer things which are going on, the strange coincidences, the plannings, the cross-purposes, the wonderful chains of events, working through generation, and leading to the most outré results, it would make all fiction with its conventionalities and foreseen conclusions most stale and unprofitable.”

“And yet I am not convinced of it,” I answered. “The cases which come to light in the papers are, as a rule, bald enough, and vulgar enough. We have in our police reports realism pushed to its extreme limits, and yet the result is, it must be confessed, neither fascinating nor artistic.”

“A certain selection and discretion must be used in producing a realistic effect,” remarked Holmes. “This is wanting in the police report, where more stress is laid, perhaps, upon the platitudes of the magistrate than upon the details, which to an observer contain the vital essence of the whole matter. Depend upon it, there is nothing so unnatural as the com-monplace.”

I smiled and shook my head. “I can quite understand your thinking so.” I said. “Of course, in your position of unofficial adviser and helper to everybody who is absolutely puzzled, throughout three continents, you are brought in contact with all that is strange and bizarre. But here”--I picked up the morning paper from the ground--”let us put it to a practical test. Here is the first heading upon which I come. ‘A husband’s cruelty to his wife.’ There is half a column of print, but I know without reading it that it is all perfectly familiar to me. There is, of course, the other woman, the drink, the push, the blow, the bruise, the sympathetic sister or landlady. The crudest of writers could invent nothing more crude.”

“Indeed, your example is an unfortunate one for your argument,” said Holmes, taking the paper and glancing his eye down it. “This is the Dundas separation case, and, as it happens, I was engaged in clearing up some small points in connection with it. The husband was a teetotaler, there was no other woman, and the conduct complained of was that he had drifted into the habit of winding up every meal by taking out his false teeth and hurling them at his wife, which, you will allow, is not an action likely to occur to the imagination of the average story-teller. Take a pinch of snuff, Doctor, and acknowledge that I have scored over you in your example.”

He held out his snuffbox of old gold, with a great amethyst in the centre of the

lid. Its splendour was in such contrast to his homely ways and simple life that I could not help commenting upon it.

“Ah,” said he, “I forgot that I had not seen you for some weeks. It is a little souvenir from the King of Bohemia in return for my assistance in the case of the Irene Adler papers.”

“And the ring?” I asked, glancing at a remarkable brilliant which sparkled upon his finger.

“It was from the reigning family of Holland, though the matter in which I served them was of such delicacy that I cannot confide it even to you, who have been good enough to chronicle one or two of my little problems.”

“And have you any on hand just now?” I asked with interest.

“Some ten or twelve, but none which present any feature of interest. They are important, you understand, without being interesting. Indeed, I have found that it is usually in unimportant matters that there is a field for the observation, and for the quick analysis of cause and effect which gives the charm to an investigation. The larger crimes are apt to be the simpler, for the bigger the crime the more obvious, as a rule, is the motive. In these cases, save for one rather intricate matter which has been referred to me from Marseilles, there is nothing which presents any features of interest. It is possible, however, that I may have something better before very many minutes are over, for this is one of my clients, or I am much mistaken.”

He had risen from his chair and was standing between the parted blinds gazing

down into the dull neutral-tinted London street. Looking over his shoulder, I saw that on the pavement opposite there stood a large woman with a heavy fur boa round her neck, and a large curling red feather in a broad-brimmed hat which was tilted in a coquettish Duchess of Devonshire fashion over her ear. From under this great panoply she peeped up in a nervous, hesitating fashion at our windows, while her body oscillated backward and forward, and her fingers fidgeted with her glove buttons. Suddenly, with a plunge, as of the swimmer who leaves the bank, she hurried across the road, and we heard the sharp clang of the bell.

“I have seen those symptoms before,” said Holmes, thro-wing his cigarette into the fire. “Oscillation upon the pave-ment always means an affaire de coeur. She would like advi-ce, but is not sure that the matter is not too delicate for communication. And yet even here we may discriminate. When a woman has been seriously wronged by a man she no longer oscillates, and the usual symptom is a broken bell wire. Here we may take it that there is a love matter, but that the maiden is not so much angry as perplexed, or grieved. But here she comes in person to resolve our doubts.”

As he spoke there was a tap at the door, and the boy in buttons entered to announce Miss Mary Sutherland, while the lady herself loomed behind his small black figure like a full-sailed merchant-man behind a tiny pilot boat. Sherlock Holmes welcomed her with the easy courtesy for which he was remarkable, and, having closed the door and bowed her into an armchair, he looked her over in the minute and yet abstracted fashion which was peculiar to him.

“Do you not find,” he said, “that with your short sight it is a little trying to do so much typewriting?”

“I did at first,” she answered, “but now I know where the letters are without looking.” Then, suddenly realizing the full purport of his words, she gave a violent start and looked up, with fear and astonishment upon her broad, good-

humoured face. “You’ve heard about me, Mr. Holmes,” she cried, “else how could you know all that?”

“Never mind,” said Holmes, laughing; “it is my business to know things. Perhaps I have trained myself to see what others overlook. If not, why should you come to consult me?”

“I came to you, sir, because I heard of you from Mrs. Etherege, whose husband you found so easy when the police and everyone had given him up for dead. Oh, Mr. Holmes, I wish you would do as much for me. I’m not rich, but still I have a hundred a year in my own right, besides the little that I make by the machine, and I would give it all to know what has become of Mr. Hosmer Angel.”

“Why did you come away to consult me in such a hurry?” asked Sherlock Holmes, with his finger-tips together and his eyes to the ceiling.

Again a startled look came over the somewhat vacuous face of Miss Mary Sutherland. “Yes, I did bang out of the house,” she said, “for it made me angry to see the easy way in which Mr. Windibank--that is, my father--took it all. He would not go to the police, and he would not go to you, and so at last, as he would do nothing and kept on saying that there was no harm done, it made me mad, and I just on with my things and came right away to you.”

“Your father,” said Holmes, “your stepfather, surely, since the name is different.”

“Yes, my stepfather. I call him father, though it sounds funny, too, for he is only five years and two months older than myself.”

"And your mother is alive?"

"Oh, yes, mother is alive and well. I wasn't best pleased, Mr. Holmes, when she married again so soon after father's death, and a man who was nearly fifteen years younger than herself. Father was a plumber in the Tottenham Court Road, and he left a tidy business behind him, which mother carried on with Mr. Hardy, the foreman; but when Mr. Windibank came he made her sell the business, for he was very superior, being a traveller in wines. They got 4700 pounds for the goodwill and interest, which wasn't near as much as father could have got if he had been alive."

I had expected to see Sherlock Holmes impatient under this rambling and inconsequential narrative, but, on the contrary he had listened with the greatest concentration of attention.

"Your own little income," he asked, "does it come out of the business?"

"Oh, no, sir. It is quite separate and was left me by my uncle Ned in Auckland. It is in New Zealand stock, paying 4 1/2 per cent. Two thousand five hundred pounds was the amount, but I can only touch the interest."

"You interest me extremely," said Holmes. "And since you draw so large a sum as a hundred a year, with what you earn into the bargain, you no doubt travel a little and indulge yourself in every way. I believe that a single lady can get on very nicely upon an income of about 60 pounds."

“I could do with much less than that, Mr. Holmes, but you understand that as long as I live at home I don’t wish to be a burden to them, and so they have the use of the money just while I am staying with them. Of course, that is only just for the time. Mr. Windibank draws my interest every quarter and pays it over to mother, and I find that I can do pretty well with what I earn at typewriting. It brings me twopence a sheet, and I can often do from fifteen to twenty sheets in a-day.”

“You have made your position very clear to me,” said Holmes. “This is my friend, Dr. Watson, before whom you can speak as freely as before myself. Kindly tell us now all about your connection with Mr. Hosmer Angel.”

A flush stole over Miss Sutherland’s face, and she picked nervously at the fringe of her jacket. “I met him first at the gasfitters’ ball,” she said. “They used to send father tickets when he was alive, and then afterwards they remembered us, and sent them to mother. Mr. Windibank did not wish us to go. He never did wish us to go anywhere. He would get quite mad if I wanted so much as to join a Sunday-school treat. But this time I was set on going, and I would go; for what right had he to prevent? He said the folk were not fit for us to know, when all father’s friends were to be there. And he said that I had nothing fit to wear, when I had my purple plush that I had never so much as taken out of the drawer. At last, when nothing else would do, he went off to France upon the business of the firm, but we went, mother and I, with Mr. Hardy, who used to be our foreman, and it was there I met Mr. Hosmer Angel.”

“I suppose,” said Holmes, “that when Mr. Windibank came back from France he was very annoyed at your having gone to the ball.”

“Oh, well, he was very good about it. He laughed, I remem-ber, and shrugged his shoulders, and said there was no use denying anything to a woman, for she would have her way.”

“I see. Then at the gasfitters’ ball you met, as I understand, a gentleman called Mr. Hosmer Angel.”

“Yes, sir. I met him that night, and he called next day to ask if we had got home all safe, and after that we met him--that is to say, Mr. Holmes, I met him twice for walks, but after that father came back again, and Mr. Hosmer Angel could not come to the house any more.”

“No?”

“Well, you know father didn’t like anything of the sort. He wouldn’t have any visitors if he could help it, and he used to say that a woman should be happy in her own family circle. But then, as I used to say to mother, a woman wants her own circle to begin with, and I had not got mine yet.”

“But how about Mr. Hosmer Angel? Did he make no attempt to see you?”

“Well, father was going off to France again in a week, and Hosmer wrote and said that it would be safer and better not to see each other until he had gone. We could write in the meantime, and he used to write every day. I took the letters in in the morning, so there was no need for father to know.”

“Were you engaged to the gentleman at this time?”

“Oh, yes, Mr. Holmes. We were engaged after the first walk that we took.

Hosmer—Mr. Angel—was a cashier in an office in Leadenhall Street—and—"

"What office?"

"That's the worst of it, Mr. Holmes, I don't know."

"Where did he live, then?"

"He slept on the premises."

"And you don't know his address?"

"No--except that it was Leadenhall Street."

"Where did you address your letters, then?"

"To the Leadenhall Street Post-Office, to be left till called for. He said that if they were sent to the office he would be chaffed by all the other clerks about having letters from a lady, so I offered to typewrite them, like he did his, but he wouldn't have that, for he said that when I wrote them they seemed to come from me, but when they were typewritten he always felt that the machine had come between us. That will just show you how fond he was of me, Mr. Holmes, and the little things that he would think of."

“It was most suggestive,” said Holmes. “It has long been an axiom of mine that the little things are infinitely the most important. Can you remember any other little things about Mr. Hosmer Angel?”

“He was a very shy man, Mr. Holmes. He would rather walk with me in the evening than in the daylight, for he said that he hated to be conspicuous. Very retiring and gentlemanly he was. Even his voice was gentle. He’d had the quinsy and swollen glands when he was young, he told me, and it had left him with a weak throat, and a hesitating, whispering fashion of speech. He was always well dressed, very neat and plain, but his eyes were weak, just as mine are, and he wore tinted glasses against the glare.”

“Well, and what happened when Mr. Windibank, your step-father, returned to France?”

“Mr. Hosmer Angel came to the house again and proposed that we should marry before father came back. He was in dreadful earnest and made me swear, with my hands on the Testament, that whatever happened I would always be true to him. Mother said he was quite right to make me swear, and that it was a sign of his passion. Mother was all in his favor from the first and was even fonder of him than I was. Then, when they talked of marrying within the week, I began to ask about father; but they both said never to mind about father, but just to tell him afterwards, and mother said she would make it all right with him. I didn’t quite like that, Mr. Holmes. It seemed funny that I should ask his leave, as he was only a few years older than me; but I didn’t want to do anything on the sly, so I wrote to father at Bordeaux, where the company has its French offices, but the letter came back to me on the very morning of the wedding.”

“It missed him, then?”

“Yes, sir; for he had started to England just before it arrived.”

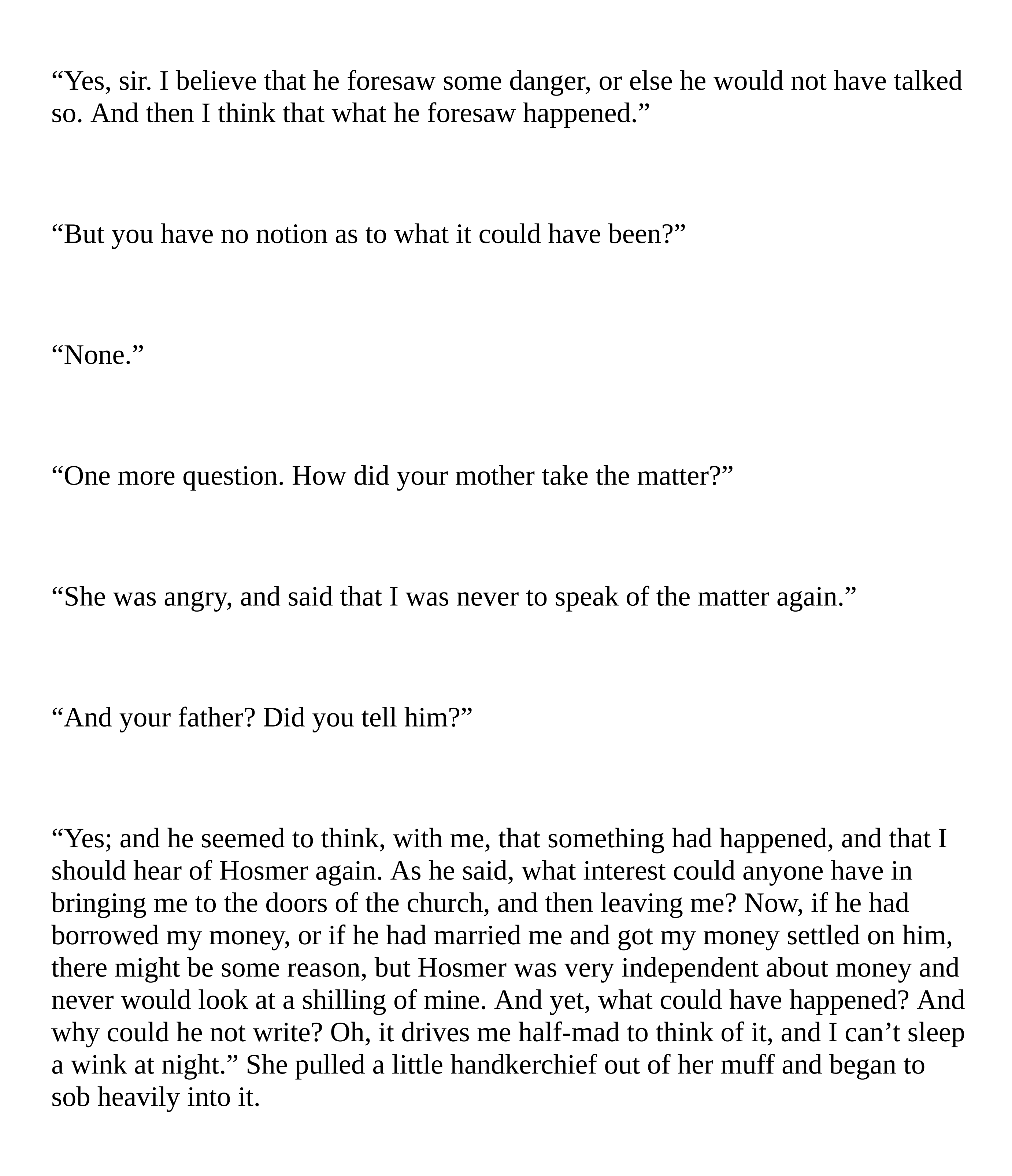
“Ha! that was unfortunate. Your wedding was arranged, then, for the Friday. Was it to be in church?”

“Yes, sir, but very quietly. It was to be at St. Saviour’s, near King’s Cross, and we were to have breakfast afterwards at the St. Pancras Hotel. Hosmer came for us in a hansom, but as there were two of us he put us both into it and stepped himself into a four-wheeler, which happened to be the only other cab in the street. We got to the church first, and when the four-wheeler drove up we waited for him to step out, but he never did, and when the cabman got down from the box and looked there was no one there! The cabman said that he could not imagine what had become of him, for he had seen him get in with his own eyes. That was last Friday, Mr. Holmes, and I have never seen or heard anything since then to throw any light upon what became of him.”

“It seems to me that you have been very shamefully treated,” said Holmes.

“Oh, no, sir! He was too good and kind to leave me so. Why, all the morning he was saying to me that, whatever happened, I was to be true; and that even if something quite unforeseen occurred to separate us, I was always to remember that I was pledged to him, and that he would claim his pledge sooner or later. It seemed strange talk for a wedding-morning, but what has happened since gives a meaning to it.”

“Most certainly it does. Your own opinion is, then, that some unforeseen catastrophe has occurred to him?”



"Yes, sir. I believe that he foresaw some danger, or else he would not have talked so. And then I think that what he foresaw happened."

"But you have no notion as to what it could have been?"

"None."

"One more question. How did your mother take the matter?"

"She was angry, and said that I was never to speak of the matter again."

"And your father? Did you tell him?"

"Yes; and he seemed to think, with me, that something had happened, and that I should hear of Hosmer again. As he said, what interest could anyone have in bringing me to the doors of the church, and then leaving me? Now, if he had borrowed my money, or if he had married me and got my money settled on him, there might be some reason, but Hosmer was very independent about money and never would look at a shilling of mine. And yet, what could have happened? And why could he not write? Oh, it drives me half-mad to think of it, and I can't sleep a wink at night." She pulled a little handkerchief out of her muff and began to sob heavily into it.

"I shall glance into the case for you," said Holmes, rising, "and I have no doubt that we shall reach some definite result. Let the weight of the matter rest upon me now, and do not let your mind dwell upon it further. Above all, try to let Mr.


Hosmer Angel vanish from your memory, as he has done from your life."

"Then you don't think I'll see him again?"

"I fear not."

"Then what has happened to him?"

"You will leave that question in my hands. I should like an accurate description of him and any letters of his which you can spare."

"I advertised for him in last Saturday's Chronicle," said she. "Here is the slip and here are four letters from him."

"Thank you. And your address?"

"No. 31 Lyon Place, Camberwell."

"Mr. Angel's address you never had, I understand. Where is your father's place of business?"

"He travels for Westhouse & Marbank, the great claret importers of Fenchurch Street."

“Thank you. You have made your statement very clearly. You will leave the papers here, and remember the advice which I have given you. Let the whole incident be a sealed book, and do not allow it to affect your life.”

“You are very kind, Mr. Holmes, but I cannot do that. I shall be true to Hosmer. He shall find me ready when he comes back.”

For all the preposterous hat and the vacuous face, there was something noble in the simple faith of our visitor which compelled our respect. She laid her little bundle of papers upon the table and went her way, with a promise to come again whenever she might be summoned.

Sherlock Holmes sat silent for a few minutes with his fingertips still pressed together, his legs stretched out in front of him, and his gaze directed upward to the ceiling. Then he took down from the rack the old and oily clay pipe, which was to him as a counsellor, and, having lit it, he leaned back in his chair, with the thick blue cloud-wreaths spinning up from him, and a look of infinite languor in his face.

“Quite an interesting study, that maiden,” he observed. “I found her more interesting than her little problem, which, by the way, is rather a trite one. You will find parallel cases, if you consult my index, in Andover in ‘77, and there was something of the sort at The Hague last year. Old as is the idea, however, there were one or two details which were new to me. But the maiden herself was most instructive.”

“You appeared to read a good deal upon her which was quite invisible to me,” I remarked.

“Not invisible but unnoticed, Watson. You did not know where to look, and so you missed all that was important. I can never bring you to realize the importance of sleeves, the suggestiveness of thumb-nails, or the great issues that may hang from a boot-lace. Now, what did you gather from that woman’s appearance? Describe it.”

“Well, she had a slate-colored, broad-brimmed straw hat, with a feather of a brickish red. Her jacket was black, with black beads sewn upon it, and a fringe of little black jet ornaments. Her dress was brown, rather darker than coffee color, with a little purple plush at the neck and sleeves. Her gloves were grayish and were worn through at the right forefinger. Her boots I didn’t observe. She had small round, hanging gold earrings, and a general air of being fairly well-to-do in a vulgar, comfortable, easy-going way.”

Sherlock Holmes clapped his hands softly together and chu-ckled.

“’Pon my word, Watson, you are coming along wonderfully. You have really done very well indeed. It is true that you have missed everything of importance, but you have hit upon the method, and you have a quick eye for color. Never trust to general impressions, my boy, but concentrate yourself upon details. My first glance is always at a woman’s sleeve. In a man it is perhaps better first to take the knee of the trouser. As you observe, this woman had plush upon her sleeves, which is a most useful material for showing traces. The double line a little above the wrist, where the typewritist presses against the table, was beautifully defined. The sewing-machine, of the hand type, leaves a similar mark, but only on the left arm, and on the side of it farthest from the thumb, instead of being right across the broadest part, as this was. I then glanced at her face, and, observing the dint of a pince-nez at either side of her nose, I ventured a remark upon short sight and typewriting, which seemed to surprise her.”

"It surprised me."

"But, surely, it was obvious. I was then much surprised and interested on glancing down to observe that, though the boots which she was wearing were not unlike each other, they were really odd ones; the one having a slightly decorated toe-cap, and the other a plain one. One was buttoned only in the two lower buttons out of five, and the other at the first, third, and fifth. Now, when you see that a young lady, otherwise neatly dressed, has come away from home with odd boots, half-buttoned, it is no great deduction to say that she came away in a hurry."

"And what else?" I asked, keenly interested, as I always was, by my friend's incisive reasoning.

"I noted, in passing, that she had written a note before leaving home but after being fully dressed. You observed that her right glove was torn at the forefinger, but you did not apparently see that both glove and finger were stained with violet ink. She had written in a hurry and dipped her pen too deep. It must have been this morning, or the mark would not remain clear upon the finger. All this is amusing, though rather elementary, but I must go back to business, Watson. Would you mind reading me the advertised description of Mr. Hosmer Angel?"

I held the little printed slip to the light.

"Missing [it said] on the morning of the fourteenth, a gent-leman named Hosmer Angel. About five ft. seven in. in height; strongly built, sallow complexion, black hair, a little bald in the centre, bushy, black side-whiskers and moustache; tinted glasses, slight infirmity of speech. Was dressed, when last seen, in black frock-coat faced with silk, black waistcoat, gold Albert chain, and gray Harris tweed trousers, with brown gaiters over elastic-sided boots. Known to have been

employed in an office in Leadenhall Street. Anybody bringing—"

"That will do," said Holmes. "As to the letters," he continued, glancing over them, "they are very commonplace. Absolutely no clue in them to Mr. Angel, save that he quotes Balzac once. There is one remarkable point, however, which will no doubt strike you."

"They are typewritten," I remarked.

"Not only that, but the signature is typewritten. Look at the neat little 'Hosmer Angel' at the bottom. There is a date, you see, but no superscription except Leadenhall Street, which is rather vague. The point about the signature is very suggestive—in fact, we may call it conclusive."

"Of what?"

"My dear fellow, is it possible you do not see how strongly it bears upon the case?"

"I cannot say that I do unless it were that he wished to be able to deny his signature if an action for breach of promise were instituted."

"No, that was not the point. However, I shall write two letters, which should settle the matter. One is to a firm in the City, the other is to the young lady's stepfather, Mr. Windibank, asking him whether he could meet us here at six o'clock tomorrow evening. It is just as well that we should do business with the

male relatives. And now, Doctor, we can do nothing until the answers to those letters come, so we may put our little problem upon the shelf for the interim."

I had had so many reasons to believe in my friend's subtle powers of reasoning and extraordinary energy in action that I felt that he must have some solid grounds for the assured and easy demeanour with which he treated the singular mystery which he had been called upon to fathom. Once only had I known him to fail, in the case of the King of Bohemia and of the Irene Adler photograph; but when I looked back to the weird business of 'The Sign of Four', and the extraordinary circumstances connected with 'A Study in Scarlet', I felt that it would be a strange tangle indeed which he could not unravel.

I left him then, still puffing at his black clay pipe, with the conviction that when I came again on the next evening I would find that he held in his hands all the clues which would lead up to the identity of the disappearing bridegroom of Miss Mary Sutherland.

A professional case of great gravity was engaging my own attention at the time, and the whole of next day I was busy at the bedside of the sufferer. It was not until close upon six o'clock that I found myself free and was able to spring into a hansom and drive to Baker Street, half afraid that I might be too late to assist at the denouement of the little mystery. I found Sherlock Holmes alone, however, half asleep, with his long, thin form curled up in the recesses of his armchair. A formidable array of bottles and test-tubes, with the pungent cleanly smell of hydrochloric acid, told me that he had spent his day in the chemical work which was so dear to him.

"Well, have you solved it?" I asked as I entered.

"Yes. It was the bisulphate of baryta."

“No, no, the mystery!” I cried.

“Oh, that! I thought of the salt that I have been working upon. There was never any mystery in the matter, though, as I said yesterday, some of the details are of interest. The only drawback is that there is no law, I fear, that can touch the scoundrel.”

“Who was he, then, and what was his object in deserting Miss Sutherland?”

The question was hardly out of my mouth, and Holmes had not yet opened his lips to reply, when we heard a heavy footfall in the passage and a tap at the door.

“This is the girl’s stepfather, Mr. James Windibank,” said Holmes. “He has written to me to say that he would be here at six. Come in!”

The man who entered was a sturdy, middle-sized fellow, some thirty years of age, clean-shaven, and sallow-skinned, with a bland, insinuating manner, and a pair of wonderfully sharp and penetrating gray eyes. He shot a questioning glance at each of us, placed his shiny top-hat upon the sideboard, and with a slight bow sidled down into the nearest chair.

“Good-evening, Mr. James Windibank,” said Holmes. “I think that this typewritten letter is from you, in which you made an appointment with me for six o’clock?”

“Yes, sir. I am afraid that I am a little late, but I am not quite my own master, you know. I am sorry that Miss Suther-land has troubled you about this little matter, for I think it is far better not to wash linen of the sort in public. It was quite against my wishes that she came, but she is a very excitable, impulsive girl, as you may have noticed, and she is not easily controlled when she has made up her mind on a point. Of course, I did not mind you so much, as you are not connected with the official police, but it is not pleasant to have a family misfortune like this noised abroad. Besides, it is a useless expense, for how could you possibly find this Hosmer Angel?”

“On the contrary,” said Holmes quietly; “I have every reason to believe that I will succeed in discovering Mr. Hosmer Angel.”

Mr. Windibank gave a violent start and dropped his gloves. “I am delighted to hear it,” he said.

“It is a curious thing,” remarked Holmes, “that a typewriter has really quite as much individuality as a man’s handwriting. Unless they are quite new, no two of them write exactly alike. Some letters get more worn than others, and some wear only on one side. Now, you remark in this note of yours, Mr. Windibank, that in every case there is some little slurring over of the ‘e’, and a slight defect in the tail of the ‘r’. There are fourteen other characteristics, but those are the more obvious.”

“We do all our correspondence with this machine at the office, and no doubt it is a little worn,” our visitor answered, glancing keenly at Holmes with his bright little eyes.

“And now I will show you what is really a very interesting study, Mr. Windibank,” Holmes continued. “I think of wri-ting another little monograph

some of these days on the typewriter and its relation to crime. It is a subject to which I have devoted some little attention. I have here four letters which purport to come from the missing man. They are all typewritten. In each case, not only are the ‘e’s’ slurred and the ‘r’s’ tailless, but you will observe, if you care to use my magnifying lens, that the fourteen other characteristics to which I have alluded are there as well.”

Mr. Windibank sprang out of his chair and picked up his hat. “I cannot waste time over this sort of fantastic talk, Mr. Holmes,” he said. “If you can catch the man, catch him, and let me know when you have done it.”

“Certainly,” said Holmes, stepping over and turning the key in the door. “I let you know, then, that I have caught him!”

“What! Where?” shouted Mr. Windibank, turning white to his lips and glancing about him like a rat in a trap.

“Oh, it won’t do—really it won’t,” said Holmes suavely. “There is no possible getting out of it, Mr. Windibank. It is quite too transparent, and it was a very bad compliment when you said that it was impossible for me to solve so simple a question. That’s right! Sit down and let us talk it over.”

Our visitor collapsed into a chair, with a ghastly face and a glitter of moisture on his brow. “It--it’s not actionable,” he stammered.

“I am very much afraid that it is not. But between ourselves, Windibank, it was as cruel and selfish and heartless a trick in a petty way as ever came before me. Now, let me just run over the course of events, and you will contradict me if I go

wrong.”

The man sat huddled up in his chair, with his head sunk upon his breast, like one who is utterly crushed. Holmes stuck his feet up on the corner of the mantelpiece and, leaning back with his hands in his pockets, began talking, rather to himself, as it seemed, than to us.

“The man married a woman very much older than himself for her money,” said he, “and he enjoyed the use of the money of the daughter as long as she lived with them. It was a considerable sum, for people in their position, and the loss of it would have made a serious difference. It was worth an effort to preserve it. The daughter was of a good, amiable disposition, but affectionate and warm-hearted in her ways, so that it was evident that with her fair personal advantages, and her little income, she would not be allowed to remain single long. Now her marriage would mean, of course, the loss of a hundred a year, so what does her stepfather do to prevent it? He takes the obvious course of keeping her at home and forbidding her to seek the company of people of her own age. But soon he found that that would not answer forever. She became restive, insisted upon her rights, and finally announced her positive intention of going to a certain ball. What does her clever stepfather do then? He conceives an idea more creditable to his head than to his heart. With the connivance and assistance of his wife he disguised himself, covered those keen eyes with tinted glasses, masked the face with a moustache and a pair of bushy whiskers, sunk that clear voice into an insinuating whisper, and doubly secure on account of the girl’s short sight, he appears as Mr. Hosmer Angel, and keeps off other lovers by making love himself.”

“It was only a joke at first,” groaned our visitor. “We never thought that she would have been so carried away.”

“Very likely not. However that may be, the young lady was very decidedly carried away, and, having quite made up her mind that her stepfather was in

France, the suspicion of treachery never for an instant entered her mind. She was flattered by the gentleman's attentions, and the effect was increased by the loudly expressed admiration of her mother. Then Mr. Angel began to call, for it was obvious that the matter should be pushed as far as it would go if a real effect were to be produced. There were meetings, and an engagement, which would finally secure the girl's affections from turning towards anyone else. But the deception could not be kept up forever. These pretended journeys to France were rather cumbrous. The thing to do was clearly to bring the business to an end in such a dramatic manner that it would leave a permanent impression upon the young lady's mind and prevent her from looking upon any other suitor for some time to come. Hence those vows of fidelity exacted upon a Testament, and hence also the allusions to a possibility of something happening on the very morning of the wedding. James Windibank wished Miss Sutherland to be so bound to Hosmer Angel, and so uncertain as to his fate, that for ten years to come, at any rate, she would not listen to another man. As far as the church door he brought her, and then, as he could go no farther, he conveniently vanished away by the old trick of stepping in at one door of a four-wheeler and out at the other. I think that was the chain of events, Mr. Windibank!"

Our visitor had recovered something of his assurance while Holmes had been talking, and he rose from his chair now with a cold sneer upon his pale face.

"It may be so, or it may not, Mr. Holmes," said he, "but if you are so very sharp you ought to be sharp enough to know that it is you who are breaking the law now, and not me. I have done nothing actionable from the first, but as long as you keep that door locked you lay yourself open to an action for assault and illegal constraint."

"The law cannot, as you say, touch you," said Holmes, unlocking and throwing open the door, "yet there never was a man who deserved punishment more. If the young lady has a brother or a friend, he ought to lay a whip across your shoulders. By Jove!" he continued, flushing up at the sight of the bitter sneer upon the man's face, "it is not part of my duties to my client, but here's a hunting

crop handy, and I think I shall just treat myself to--" He took two swift steps to the whip, but before he could grasp it there was a wild clatter of steps upon the stairs, the heavy hall door banged, and from the window we could see Mr. James Windibank running at the top of his speed down the road.

“There’s a cold-blooded scoundrel!” said Holmes, laughing, as he threw himself down into his chair once more. “That fellow will rise from crime to crime until he does something very bad, and ends on a gallows. The case has, in some respects, been not entirely devoid of interest.”

“I cannot now entirely see all the steps of your reasoning,” I remarked.

“Well, of course it was obvious from the first that this Mr. Hosmer Angel must have some strong object for his curious conduct, and it was equally clear that the only man who really profited by the incident, as far as we could see, was the stepfather. Then the fact that the two men were never together, but that the one always appeared when the other was away, was suggestive. So were the tinted spectacles and the curious voice, which both hinted at a disguise, as did the bushy whiskers. My suspicions were all confirmed by his peculiar action in typewriting his signature, which, of course, inferred that his handwriting was so familiar to her that she would recognize even the smallest sample of it. You see all these isolated facts, together with many minor ones, all pointed in the same direction.”

“And how did you verify them?”

“Having once spotted my man, it was easy to get corroboration. I knew the firm for which this man worked. Having taken the printed description, I eliminated everything from it which could be the result of a disguise—the whiskers, the glasses, the voice, and I sent it to the firm, with a request that they would inform

me whether it answered to the description of any of their travellers. I had already noticed the peculiarities of the typewriter, and I wrote to the man himself at his business address asking him if he would come here. As I expected, his reply was typewritten and revealed the same trivial but characteristic defects. The same post brought me a letter from Westhouse & Marbank, of Fenchurch Street, to say that the description tallied in every respect with that of their employee, James Windibank. Voila tout!"

"And Miss Sutherland?"

"If I tell her she will not believe me. You may remember the old Persian saying, 'There is danger for him who taketh the tiger cub, and danger also for whoso snatches a delusion from a woman.' There is as much sense in Hafiz as in Horace, and as much knowledge of the world."

8-Frankenstein, Mary Shelley (castellano e inglés)

9-El Dr. Jekyll y Mr. Hide, Robert Louis Stevenson

10-El elixir de la larga vida, Honoré de Balzac

11-Un yanqui en la corte del Rey Arturo, Mark Twain

12-La isla del tesoro, Robert Louis Stevenson (castellano e inglés)

13-Emma, Jane Austen (castellano e inglés)

14-La leyenda de Sleepy Hollow, Washington Irving

15-Las 11.000 vergas, Guillaume Appollinaire

16-Romeo y Julieta, William Shakespeare (castellano e inglés)

17-Madame Bovary, Gustave Flaubert

18-Las aventuras de Robinson Crusoe, Daniel Defoe

Ensayos[74]

1-El origen de las especies, Charles Darwin (castellano e inglés)

2-Pintura, cuestiones y recursos, Rubén Fresneda Romera

3-Los caminos para el éxito, Aureliano Abenza y Rodríguez

4-El arte de la guerra, Sun Tzu

5-Viaje de un naturalista alrededor del mundo, Charles Darwin

Biblioteca Arthur Conan Doyle

1-Estudio escarlata (castellano e inglés)

2-El sabueso de los Baskerville (castellano e inglés)

3-El signo de los cuatro (castellano e inglés)

4-Las aventuras de Sherlock Holmes (castellano e inglés)

-*Escándalo en Bohemia (castellano e inglés)*

-*La liga de los pelirrojos (castellano e inglés)*

-*Un caso de identidad (castellano e inglés)*

-*El misterio de Boscombe Valley (castellano e inglés)*

-*Las cinco semillas de naranja (castellano e inglés)*

-*El hombre del labio retorcido (castellano e inglés)*

-*El carbunclo azul (castellano e inglés)*

-*La banda de lunares (castellano e inglés)*

-*El dedo pulgar del ingeniero (castellano e inglés)*

-*El aristócrata solterón (castellano e inglés)*

-*La corona de Berilos (castellano e inglés)*

-*El misterio de Cooper Beeches (castellano e inglés)*

5-El mundo perdido (castellano e inglés)

Biblioteca Franz Kafka

1-La metamorfosis

2-Ante la ley (sólo ebook)

3-El silencio de las sirenas (sólo ebook)

4-El viejo manuscrito (sólo ebook)

5-Un mensaje imperial (sólo ebook)

6-El escudo de la ciudad (sólo ebook)

7-Preocupaciones de un padre de familia (sólo ebook)

8-Un golpe a la puerta del cortijo (sólo ebook)

Biblioteca Julio Verne

1-De la Tierra a la Luna (castellano e inglés)

2-La vuelta al mundo en 80 días (castellano e inglés)

3-20.000 leguas de viaje submarino (castellano e inglés)

4-Viaje alrededor de la luna (castellano e inglés)

5-Cinco semanas en globo (castellano e inglés)

6-Viaje al centro de la Tierra (castellano e inglés)

7-La ciudad flotante

Biblioteca Charles Dickens

1-Historias de fantasmas

2-Cuento de Navidad (castellano e inglés)

3-El manuscrito de un loco (sólo ebook)

Biblioteca Oscar Wilde

1-El retrato de Dorian Gray (castellano e inglés)

2-El fantasma de Canterville (castellano e inglés)

3-El crimen de Lord Arthur Saville (castellano e inglés)

4-El crítico artista (castellano e inglés)

5-La esfinge sin secreto

Biblioteca Edgar Allan Poe

1-El poder de las palabras (castellano e inglés)

2-El corazón delator (castellano e inglés)

3-El retrato ovalado (castellano e inglés)

4-El gato negro (castellano e inglés)

5-El escarabajo de oro (castellano e inglés)

6-La conversación de Eiros y Charmion (castellano e inglés)

7-Los hechos en el caso de M. Valdemar (castellano e inglés)

8-El hundimiento de la Casa Usher (castellano e inglés)

9-Los crímenes de la calle Morgue (castellano e inglés)

Biblioteca Blasco Ibáñez

1-Arroz y tartana

Biblioteca Clásicos bilingües

Narrativa[74]

Hamlet/The tragedy of Hamlet, prince of Denmark

Frankenstein/Frankenstein or the modern Prometheus

El Dr. Jekyll y Mr. Hide/The strange case of Dr Jekyll and Mr. Hyde

La leyenda de Sleepy Hollow/The legend of Sleepy Hollow

Romeo y Julieta/Romeo and Juliet

Ensayos[74]

El origen de las especies/The origin of species

Biblioteca Arthur Conan Doyle

Estudio escarlata/A study in scarlet

El sabueso de los Baskerville/The hound of the Baskerville's

El signo de los cuatro/The sign of the four

Las aventuras de Sherlock Holmes/The adventures of Sherlock Holmes

-Escándalo en Bohemia/A scandal in Bohemia

-La liga de los pelirrojos/The Red-headed league

-Un caso de identidad/A identity case

-El misterio de Boscombe Valley/The Boscombe Valley mistery

-Las cinco semillas de naranja/A five orange pips

-El hombre del labio retorcido/The man with twisted lip

-*El carbunclo azul/The adventures of the blue carbuncle*

-*La banda de lunares/The adventure of the speckled band*

-*El dedo pulgar del ingeniero/The adventure of the Engineer's Thumb*

-*El aristócrata solterón/The adventure of the Noble Bachelor*

-*La corona de Berilos/The adventure of the Beryl Coronet*

-*El misterio de Cooper Beeches/The adventure of Cooper Beeches*

Biblioteca Charles Dickens

Cuento de navidad/A Christmas carol

Biblioteca Oscar Wilde

El fantasma de Canterville/The Canterville ghost

El crimen de Lord Arthur Savile/Lord Arthur Savile's crime

El crítico artista/The critic as artist

Biblioteca Edgar Allan Poe

El poder de las palabras/The power of words

El corazón delator/The tell-tale heart

El retrato ovalado/The oval portrait

El gato negro/The black cat

El escarabajo de oro/The gold bug

La conversación de Eiros y Charmion/The conversation of Eiros and Charmion

Los hechos en el caso de M. Valdemar/The facts in the Valdemar’s case

El hundimiento de la casa Usher/The fall of the House of Usher

Los crímenes de la calle Morgue/The muders of the Rue Morgue

